

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Hoy se me pidió hablara de la Ciudad de México. Me gustó la idea; se me hizo como cuando en la escuela nos decían "hagan una composición". Mi ciudad. Este mi lugar que, de tan cercano y presente, me pasa a veces desapercibido.

Me puse a ver a mi alrededor. Y me ví a mí misma. Me vinieron a la memoria pedazos de mi vida que son al mismo tiempo lugares, rumbos de mi ciudad. O momentos que son ciudades. Tengo muchos Distritos Federales, muchos Méxicos míos.

Mi vida actual es, fundamentalmente, el sur de la ciudad. Este momento, como todos los demás de mi historia, está formado por barrios y por caminos. Mi vida actual tiene como centros una serie de lugares conectados por ciertas calles. Esos ejes son como mis propios ejes. Hoy soy Insurgentes Sur y el periférico y la Calzada de Tlalpan. A ritmo lento. Soy el Viaducto y La Viga, con más fluidez y tranquilidad.

A ratos, soy pequeñas callecitas, llenas de gente, del pueblo de Contreras. Luis Cabrera y San Jerónimo son las vías mágicas que me trasladan de mundo. En unos cuantos minutos se acaba el tráfico, la vida moderna, el calor, y llego a las montañas verdes y frescas, a los pies del Ajusco. A la paradoja vegetal y geográfica de los pinos junto a los magueyes. A las huertas de fruta. Con flores y colibríes. A mi casa de adobes. A mi pueblo donde los vecinos tranquilos se dicen buenos días. A mi calle que no tiene nombre, donde pasan burros cargados de leña y de pulque y cerdos enormes, amarrados del hocico, conducidos al matadero. Gallos que te despiertan. Lluvias torrenciales. Frío. Chimenea. Otro termómetro y otra realidad a cuarenta minutos del centro. Peregrinaciones, cantos de concheros, calles adornadas en viernes de Dolores y en La Magdalena. Cohetes. Pueblo, pues. Gente cercana y solidaria, que te trae un plato de calabaza en tacha el día de muertos. Que te avisa si vino el gas. Bandas de chavos que pintan todas las bardas en la noche, presencia amenazante en la paz de nuestras calles. Contreras, mi adultez, mi maternidad, mi trabajo. Mi descanso y mi lugar.

Mi infancia, sin embargo, se construyó en el centro de México. Crecí y me hice, en parte, en una isla de la Colonia Condesa. Avenida Veracruz veintisiete. Niña protegida, no corrí en esas calles. Camión de la escue-

la. Primaria represiva en Puebla y Cozumel. Y algunos sábados en Chapultepec. Paseos tranquilos, ciudad caminada. Chapultepec de mi abuelito Pedro, *Chapul*. Zoológico de maravilla, algodones de azúcar, cuentos intercalados. El Castillo, tan mío, tan conocido, cuando todavía no sabía yo nada de *Noticias del Imperio*. Castillo del carruaje de Don Benito Juárez y del niño héroe que se aventó con la bandera *desde aquí*.

Auditorio Nacional de la Feria del Hogar, que no puedo recordar por qué me gustaba tanto. Monumento a los Niños Héroe (que siempre se me hizo horrible, con esas cosas como garras o como percebes), uniforme de gala, asoleada infernal, paletas heladas y niñas desmayadas algunos trece de septiembre.

Qué distinto ese Chapultepec del de mi adolescencia y mi juventud. Chapultepec de las pintas, del lago y las lanchas y la remada. Amorcitos en el bosque. Pandilla, escapada de la prepa, ilusionada con el desayuno de café y molletes en la cafetería del Parque, con los primeros Raleigh con filtro, feliz de estrenar



Ana Lilia Villareal

el Chapultepec *nuevo*. Montaña rusa, torbellino, traversura.

Chapultepec entrañable de mis pininos culturales. Descubrimiento asombrado de mi orgullo patrio con el Museo de Antropología. Visitas incansables a las salas de abajo y de arriba. Primeras emociones estéticas verdaderas, mil novecientos sesenta y ocho, con mis amigas *cicerones*: la escuela de París en el Museo de

Arte Moderno. Ver, con lágrimas, con tus propios ojos, Modiglianis y Picassos y Matises. Y aprender a descubrir y a admirar Tamayos y Cuevas y Diegos y Fridas. Primeras pláticas profundas, entre Lobsang Rampa y León Felipe. Sintiéndonos muy cultas asistiendo a conferencias y conciertos en la casa del Lago.

Y nuestra fuente favorita, ¿te acuerdas, Coqui? Don Quijote y Sancho, chiquitos, bronces perfectos. Mosaicos con escenas y fragmentos del texto cervantino. Y un sencillito chorrito de agua. La paz absoluta en esa *esquina* antiquísima y vegetal de Calzada de los Filósofos y Calzada de los Poetas.

Luego, también, Chapultepec de mamá. Asistencia forzada a fiestas infantiles de sobrinitos, pedazos privados de bosque limitados por cuatro hilos con globos de colores. Juegos, pelotas, payasos ambulantes. Pastel y medias noches. Ya no tanto tu diversión, sino más bien encargarte de vigilar y promover la diversión de tus niños. Mamilitas de jugo. Curitas para los raspones. Arbitraje en los infinitos pleitos. Y cargar, siempre cargar: niños y sillitas y pañaleras y cajas de refrescos y miles de bolsas de plástico del super.

Y mi Chapultepec actual, siempre querido, aunque sea de pasada por el periférico o algún museo de vez en cuando. Lejano, pero siempre presente como parte de mi ciudad, o sea, de mi identidad.

Otro punto de referencia de mi vida es el centro. Zócalo de mis entretelas, símbolo de mi patria. Mi orgullo, como si lo hubiera yo misma construido. Es *mi* Catedral y *mi* Palacio Nacional. Mi grito del quince



de septiembre y mis campanas y mi Monte de Piedad. Siempre que llego o que paso por él se me acelera el corazón y me dan ganas de gritar. La mejor plaza del mundo, centro del centro, herencia de mi padre.

Mi padre, madrileño, que vivió y murió en esta ciudad, a la que tanto amó y a la que hizo suya. Y que me enseñó a amarla. Cuando yo era chica lo acompañaba a sus trabajos. Joyería Kenia, Brasil y Guatema-

la. No se usaba decir *gerente*: era el *encargado*. De ahí sacó ese su afán de coleccionar y componer relojes de todas las clases, que le duró toda su vida. Más tarde, Librería y Papelería Goya, Cinco de Mayo y Motolinía. Motolinía de los corsés y los instrumentos médicos. Primer "trabajo" mío, de vez en cuando, ayudar, buscar alguna cosa. Y salir a tomar un café y un helado al *Chufas*, en la calle de López. Centro recorrido con cuidado, sin coche, calle por calle. Saludando a los otros comerciantes. Bromeando siempre con el mesero del café, que le decían *El Chaval*, que creo que todavía sigue ahí.

Y luego, dieciocho años, mi centro propio. Joven e inexperta empleada de *cambios* y *cobranzas*, Banco Comercial Mexicano, Avenida Juárez catorce. Atención esmerada a extranjeros que venían a cambiar sus *traveler checks*, orgullosa de mi inglés elemental, coqueteando con los güeros guapísimos. Con el Palacio de Bellas Artes toda la mañana, blanco y pesado, brillando frente a mí. Caminatas agotadoras a la central de Isabel la Católica, a entregar documentos, muerta de hambre con mi portafolio, calor de las tres de la tarde. Dos *tin-larines* en San Juan de Letrán. Después, una marina de mole y una coca en El Molino de Dieciséis de Septiembre, donde trabajaba mi tía Aurora.

Y tardes universitarias. Tomaba en la esquina el *Uruguay-CU*, que hacía una hora de travesía. Para no dormirse, porque me daba pena ir con la boca abierta y babeando, me compraba a veces un *Vanidades*. Tenía clase de cuatro y nunca llegaba. Cuando me dormía, me despertaba sobresaltada con la entrada del camión en ese túnel que tiene topes vibradores. Todavía pensaba ser matemática, y me bajaba en la Facultad de Ciencias.

CU, paraíso terrenal. Otra de mis islas favoritas. Desde el salón se veía la explanada. Edificios bellísimos, y árboles, y pasto verde. Encuentros fundamentales, descubrimientos del mundo. Mítines, asambleas. Miedo. Silencio.

Después, amores clandestinos, en la parte de atrás de algún coche. Aguas con las patrullitas. Manos y besos inolvidables. Y muchos años después, filosofía en serio, Facultad bulliciosa, divertida y empapelada.

Y mi Paseo de la Reforma. Tal vez la calle que más amo. Chamba en Crédito Hipotecario, Reforma noventa y seis, primer piso, ventana a los árboles. Hija de familia, vivía entonces en Bahía de Santa Bárbara casi esquina con Melchor Ocampo cuando no había circuitos interiores. Cuando Tíber y la colonia Cuauhtémoc no estaban tan lejos, ni había puentes para cruzar. Arriesgábamos la vida atravesando ese cruce. Había toda una técnica que nos enseñó mi mamá. Primero para acá, ojo al semáforo. Aquí te esperas. Cuando se ponga la preventiva, para allá. Zig-zag peligrósísimo todos los días. A veces me acompañaba mi novio, ese que conocí en la esquina y se me declaró en un *Circuito-Circunvalación*.

A la salida del trabajo caminaba, desde la estatua de Cuauhtémoc hasta el Ángel. El Ángel es como *mi monumento*. Qué horror cuando se cayó, en el cincuenta y siete. Ver los pedazos en el suelo. Igualito que el dolor que me da, ahora, ir por Avenida Juárez y ver los huecos, las cicatrices.

A veces tomaba camión, pero como el *Tiber* se tardaba mucho, mejor me iba caminando. Me encantaba la palmera de Niza. Me tranquiliza y me emociona que siga estando ahí. Y otra palmera que está cerca del Ángel, afuera del Hotel María Isabel. Esta esquina es uno de mis rincones favoritos. Caminar por Reforma me hacía sentir como muy elegante y feliz.

Después, ya en el *mercedes* negro de una amiga que me daba aventón a la Ibero, pasábamos, frente al Auditorio, debajo de una filigrana verde extraordinaria, que me ponía ya toda la tarde de buen humor. Tomábamos el periférico, a cien por hora. Río Churubusco, la Campestre. La vieja Ibero, otra isla clave de mi historia, los blancos edificios que se cayeron con otro temblor.

Mi ciudad, el centro y el Sur. El norte y el oriente no son míos; no los amo ni los conozco. Fuera de Insurgentes, que es como mi columna vertebral, del Caminero a los Indios Verdes. La Raza, que yo creía que era una *verdadera* pirámide, de pasada, los domingos, cuando íbamos a Tepexpan.

Y otras islas; la Villa, por supuesto. La vieja. Herencia de mis padres guadalupanos. Marcela Guadalupe, siempre encomendada. Primeras comuniones, mandas, dadas de gracias. Compras chicas, puestos de altarcitos y estampas, gorditas inolvidables envueltas en papel de china rosa y morado.

Islas fugaces, las casas de mis abuelitos, una en Artes noventa y cuatro, otra en Francisco Pimentel. Y qué chistoso: siento que todos los abuelitos de México vivían en la San Rafael o en la Santa María. O claro, en la Roma.

Uno de mis corazones actuales es San Ángel. Sanborns, oficina y consultorio. Cafés interminables, esperas, citas, lecturas y escrituras. Pláticas cruciales en mi vida, matrimonio y divorcio. Meseras con sus faldas almidonadas, amables, conocidas desde hace veinte años. Lugar estratégico cuando no tenía coche: la base de los peseros Escuela-San Bernabé, ruta sesenta y seis, estaba enfrente. Allí, en "mano de Obregón", como decía mi muchacha.

Los peseros y los taxis, tan queridos tantos años por mí. Hoy que soy automovilista los odio. Pero qué tal cuando vas de pasajera. Qué distinto; celebras que vayan rápido, se le cierran a quien se le cierran. Agradeces que se paren a media cuadra para subirte o para bajarte. Odias a los coches que vienen atrás y tocan desesperados el *claxon*. Y cómo no me acuerdo de eso cuando hoy voy en mi vocho y se me enfrenan bruscamente.

Y mi viaje larguísimo a la Viga y Fray Servando, a mi estar cotidiano. Ya ahora lo hago como chofer. Me voy a otro mundo, con olor a pescado poco antes de llegar. Mundo vivo y gratificante, rejuvenecedor: mi querida prepa, donde a veces se te olvida que estás a dos cuadras de la Merced y junto a los Bomberos y Mercado Sonora. Pero cuando vas, qué banquete de colores y dulces y juguetitos, según la época; mulitas en Corpus y nacimientos en Navidad. Y los olores. Las hierbas, paraíso del ofalto. Y la timidez al ir viendo hierberas sabias y otras charlatanas, con sus polvos y amuletos y lociones para todo mal y las chuparrosas benditas. Y la sábila y los ojos de venado con estambre rojo y estampita. Y los pejes-diablos tan horribles y las posibles brujerías que te dan miedo.

O la cantina de Boturini. Invitada por mis cuates profesores, asombrada, comí de maravilla por el precio de una cerveza. Le dicen *botana*, pero es una verdadera comida: caldo de carne, buenísimo, con todos sus ingredientes, y tortillitas y salsa. Ambiente cabrón, puros hombres que ven entre burlones y amenazantes a las *maestras*.

Qué barbaridad, podría yo seguir escribiendo horas y horas sobre mi ciudad. A lo mejor me saldría una novela sobre mi vida. Me faltó toda la época de recién casada, cuando viví en Iztacalco, mis idas a Jamaica a comprar siempre flores, y, en noviembre, lo necesario para mi altar de muertos. Los camiones cargados de flores amarillas y de terciopelos guindas. O aquella vieja emoción de andar por la Zona Rosa. O Coyoacán con sus palomas, cuando mis hijos eran chiquitos.

O esas mis caminatas con mi marido, visitando museos y recorriendo avenida Juárez, buscando artesanías para amueblar nuestra primera casa, o cuando íbamos hasta Santo Domingo, a buscar a nuestro amigo, Daniel, el dominico, y veíamos a los teporochos de Leandro Valle. O aquellos desayunos en Sanborns de los Azulejos o en Lady Baltimore, en Madero, después de ir a misa a San Francisco y antes de irnos al concierto de la Sinfónica en Bellas Artes, los domingos. Con mi otra pandilla entrañable de mis tiempos católico-tomistas.

Cómo terminar con todo este torrente de calles y lugares y recuerdos. De historias que son al mismo tiempo espacios.

La Ciudad de México. Mi tierra. El suelo donde *siempre* he estado parada, el telón de fondo de toda mi vida. Aquí nací, y aquí me quisiera morir. No me gustaría vivir en otra parte. Aunque reniego y me quejo y no me gustan algunas cosas de nuestra vida ciudadana actual. Porque, aunque queden pocos, me sigue pareciendo la Ciudad de los Palacios. Y la quisiera seguir viendo como la región más transparente del aire. Y, como Jorge Negrete, yo, francamente, que digan que estoy dormida, y que me traigan aquí, a este valle majestuoso con los volcanes de guardia. A esta tierra bendita, al ombligo del mundo. 